



Universidad
Nacional
de Rosario

FACULTAD DE PSICOLOGÍA
TRABAJO INTEGRADOR FINAL

**Del niño al adulto: el trabajo de duelo en la
adolescencia**

Modalidad de presentación: investigación bibliográfica

Autora: Mittelman, Martina

Legajo: M-5438/1

DNI: 39029566

Docente responsable: Castro, Flavia

- Año 2023 -

Agradecimientos

A continuación deseo expresar mi agradecimiento y cariño a todos quienes fueron

parte de este camino. No fue fácil, pero sin ustedes hubiese sido imposible. A Flavia, quien aceptó acompañarme en la escritura, brindándome su tiempo y paciencia. Mi eterno agradecimiento.

A Juan, también por su paciencia y su calidez en las devoluciones y correcciones. A las personas que me dio la Universidad Pública, aquellos amigos y amigas que estuvieron desde el inicio y aquellos que se sumaron al final. También a mis amigas eternas de Victoria. Gracias a todos por aclarar el camino cuando todo se veía oscuro. Por último, a mis papás, mi hermano y mi compañero, que desde el amor siempre me alentaron a seguir y a no bajar los brazos.

1. Resumen y palabras clave	3	2.
Introducción	4	3.
Objetivos	6	4.
Exposición y análisis del material objeto de la revisión bibliográfica		
4.1. La familia no se elige, ni se sortea	7	4.2.
El trabajo del duelo según Sigmund Freud	8	4.3.
Duelos y problemática adolescente. Dos posturas	9	
5. Consideraciones finales	13	6.
Referencias Bibliográficas	15	

1. Resumen y palabras clave

Resumen

Históricamente, el período de la vida denominado adolescencia ha sido definido y caracterizado de diferentes formas. Si bien actualmente no existe una definición unívoca de dicho período, sí puede decirse que hay cierto consenso acerca de entenderlo como un momento transicional, que trae aparejado una serie de trabajos psíquicos fundamentales que el joven debe tramitar, para la construcción de una identidad que le permita hacerse un lugar en la cultura. Así, el presente Trabajo Integrador Final tiene por objetivo indagar uno de estos trabajos psíquicos, a saber, el duelo de las figuras parentales en la transición de la infancia a la adolescencia y de ésta a la adultez. Para ello, se considera fundamental la lectura de autores clave tales como Ricardo Rodolfo, Cristina Rother de Hornstein y Arminda Aberastury, quienes permiten sostener una discusión entre las diferentes posturas acerca de la temática en cuestión, que se despliega a lo largo de los tres apartados que componen este escrito, y que resulta pertinente con la elección de modalidad de investigación bibliográfica. Para concluir, se retoma la importancia de no patologizar aquellos procesos por los que atraviesa el adolescente, así como la idea de que es fundamental un acompañamiento responsable por parte de los padres en un momento tan vulnerable como la adolescencia.

Palabras clave

Adolescencia - Duelo - Figuras parentales

2. Introducción

En el presente Trabajo Integrador Final de la carrera de Psicología se pretende abordar el trabajo de duelo de las figuras parentales durante la adolescencia, específicamente en dos momentos: el paso de la infancia a la adolescencia y el paso de ésta a la adultez.

El trabajo está construido desde la perspectiva teórica del psicoanálisis freudiano y escrito con la modalidad de investigación bibliográfica, considerada pertinente ya que habilita una discusión entre diferentes autores que poseen posturas disímiles acerca de la temática en cuestión.

Desde Sigmund Freud resultan clave textos como “Duelo y melancolía” (1979a), “El yo y el ello” (1979b), “La novela familiar de los neuróticos” (1986a), “Tres ensayos para una teoría sexual” (1986b), “La transitoriedad” (1992a) y “Psicología de las masas y análisis del yo” (1992b) donde se conceptualiza el trabajo de duelo y los alcances sobre el aparato psíquico, la formación del yo y los procesos identificatorios. Se retoman también a autores como Ricardo Rodulfo, María Cristina Rother de Hornstein y Arminda Aberastury, en tanto proponen la existencia de distintos trabajos de duelo que el adolescente debe tramitar.

Se parte de entender que actualmente no existe una definición unívoca de lo que implica la adolescencia, tampoco es posible delimitarla o demarcarla cronológicamente. Aún así, se la puede definir como un momento de transición, un “entre” la infancia y la adultez, plagada de conflictos pero también de múltiples potencialidades. Metamorfosis

que trae aparejada una serie de trabajos psíquicos significativos que el joven está obligado a realizar (Firpo, 2015).

El tránsito del sujeto por estos trabajos psíquicos resulta una tarea ardua aunque indispensable, que pone a prueba lo construido durante la infancia, y al que le es inherente la tramitación del duelo. A los fines de esta investigación, se aborda el duelo que refiere específicamente a los objetos parentales y su abandono, con el consecuente redireccionamiento del joven hacia el grupo social, entendiendo desde el inicio al concepto de duelo como central en la problemática adolescente.

Así, se analiza la separación de los padres desde la noción de duelo, entendiendo por tal a “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (Freud, 1979a, p. 241). Ante la pérdida, el examen de realidad demuestra la ausencia del objeto, produciéndose como consecuencia el quite de la libido de todos aquellos elementos asociados a dicho objeto (1979a).

Aunque pueda ser lenta y complicada, la tarea que supone el trabajo del duelo no tiene por qué ser considerada patológica. Freud (1979a) dice:

A pesar de que el duelo trae consigo graves desviaciones de la conducta normal en la vida, nunca se nos ocurre considerarlo un estado patológico ni remitirlo al médico para su tratamiento. Confiamos en que pasado cierto tiempo se lo superará, y juzgamos inoportuno y aun dañino perturbarlo (pp. 241-242).

Entonces, se concibe que el proceso de duelo durante la pubertad también supone el retiro de la libido de, en este caso, los objetos parentales, libido que le sirve ahora al joven para investir e identificarse con el grupo de pares. Y habiendo pasado por la experiencia grupal, también fundamental, podrá separarse de sus amistades y asumir una identidad adulta, proceso que requiere de una vuelta sobre las figuras parentales y su consecuente identificación con ellos.

Aberastury en “La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico” (1971) explica, en relación a la problemática adolescente, que “todo este proceso lo lleva a abandonar su identidad infantil, y tratar de adquirir una identidad adulta que, cuando se logra, se encarna en una ideología con la cual se enfrentará al mundo circundante” (p. 28). Entonces “la sociedad debe aceptar las crisis de la adolescencia como un hecho normal (...), la sociedad debería *guardarse de tratar de remediarlas*” (Mannoni et al., 2012, p. 22).

4

Entonces, si la adolescencia es un estado patológico normal, al decir de Knobel (Aberastury y Knobel, 1971), lo anormal sería escapar a ese estado. Se trata de un momento inevitable y necesario, pero que no deja de presentar riesgos.

Por ello es que el tema de la presente investigación bibliográfica resulta relevante, puesto que no se puede ignorar el hecho de que la salud mental en la adolescencia representa un gran desafío. El trabajo en la clínica refleja que muchos de los síntomas que se evidencian en adultos tuvieron su emergente en épocas más tempranas de la vida del sujeto, síntomas que muchas veces no le permiten desplegar la totalidad de sus capacidades y potencialidades.

Así, se torna fundamental volver sobre autores como Ricardo Rodolfo, María Cristina Rother de Hornstein y Arminda Aberastury para comprender que el desasimiento de las figuras parentales y todo aquello que éstas representan durante el período de la adolescencia es una tarea esencial en la construcción de una identidad adulta. Y frente a esto, se entiende al trabajo y al acompañamiento en este momento de duelos, subjetivación y transición hacia la adultez como una práctica fundamental, tanto para el sano ejercicio de la autonomía como para la asunción de una responsabilidad social que le permita al sujeto vivir inmerso en la sociedad.

3. Objetivos

3.1. General

- Indagar en Ricardo Rodulfo, Cristina Rother de Hornstein y Arminda Aberastury el trabajo de duelo de las figuras parentales en la transición de la infancia hacia la adolescencia y de ésta hacia la adultez.

3.2. Específicos

- Describir el papel que cumplen las figuras parentales durante la niñez y la adolescencia.
- Discernir las diferencias entre las posturas de Ricardo Rodulfo, Cristina Rother de Hornstein y Arminda Aberastury acerca del duelo de las figuras parentales en el transcurso de la adolescencia.

- Considerar la relevancia del grupo de pares durante la transición de la infancia a la adultez.

4. Exposición y análisis del material objeto de la investigación bibliográfica

4.1. La familia no se elige, ni se sortea

En el individuo que crece, su desasimiento de la autoridad parental es una de las operaciones más necesarias, pero también más dolorosas del desarrollo.
Sigmund Freud, 1986a.

Todo sujeto se funda sobre la base de un discurso familiar, discurso de anticipación que prevé su llegada al seno de la familia. El grupo que lo precede oficia de sostén mediante actos de cuidado, asignándole lugares, ofreciendo protección y marcando límites y prohibiciones.

La primera relación de un niño recién nacido con el mundo está mediada por madre y padre (o quienes estén cumpliendo estas funciones). Estos constituyen el sostén indispensable para sobrevivir en un momento de absoluto desvalimiento frente a los

apremios de la vida y, a su vez, son los agentes encargados de la transmisión de la lengua y la cultura (Bloj, 2019).

Por un lado, la madre, quien es “portavoz de un orden exterior, de un orden simbólico que los predetermina a ambos. En su discurso y cuidados es mediadora y transmisora de la cultura. Opera así una violencia primaria (...), ya que irrumpe desde el exterior del aparato psíquico que no está preparado” para decodificar el mensaje (Rother de Hornstein, 1989, p. 957). Entonces, la madre es la promotora del ingreso al campo del lenguaje y la encargada de representar al niño el mundo que le rodea. Debe reconocerlo como otro ser diferente de ella aunque, paradójicamente, también semejante (Bloj, 2019).

Por otro lado, el padre, que también tendrá funciones determinantes, entre éstas, la de ser el representante de la Ley, que implica la transmisión de un orden que proviene tanto de la familia como de la cultura en la que ésta está inmersa. En este ordenamiento es indispensable que también el padre reconozca al hijo como otro distinto pero semejante, a quien debe transmitirle sus insignias (Bloj, 2019).

Así se da un doble movimiento en el que los padres transmiten sus rasgos, sus saberes, las reglas, tradiciones y convenciones culturales del contexto en el que están inmersos, y, a la vez, al hijo le corresponde seleccionar, recortar y apropiarse de esos contenidos. El niño debe realizar un trabajo de transformación para hacer suyo lo heredado, trabajo que liga y desliga las generaciones permitiendo la continuidad del legado familiar y cultural al mismo tiempo que se incorpora la marca particular que el sujeto le imprime (Bloj, 2019).

Sucede que llegada la adolescencia, todo lo transmitido, heredado y apropiado vacila, y parece que hubiera que empezar de nuevo. Es un período de incontables cambios tanto físicos como psíquicos en el que el joven pierde su identidad infantil e inicia la búsqueda y construcción de una nueva identidad adulta, y si bien los padres continúan siendo figuras fundamentales, el adolescente debe ahora separarse de ellos (Bloj, 2019).

Para el pequeño, al comienzo, sus padres son la única autoridad y fuente de toda creencia, incluso constituyen el primer objeto de amor. En “Tres ensayos de teoría sexual”, Freud (1986b) explica que esto último acontece porque la satisfacción de la pulsión sexual nace en la infancia apuntalada a las necesidades vitales, es decir, tanto la nutrición como la pulsión sexual se satisfacen sobre un mismo objeto fuera del propio cuerpo: el pecho materno.

Si bien los padres configuran el primer objeto, no son el definitivo. Para encontrarlo, es menester que el niño realice una búsqueda que se lleva a cabo en dos tiempos u oleadas, separadas por el denominado período de latencia. Éste representa una especie de amnesia infantil que recubre algunos años de la vida del infante y que luego, en la adultez, no se recordarán con exactitud (Freud, 1986b).

Una primera oleada acontece entre los dos y los cinco años, y la segunda, en la pubertad. “Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan a la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva” (Freud, 1986b, p. 189). Es decir que si en un inicio los padres eran el objeto de deseo, como explica Freud, represión de

7

por medio, ahora se produce el hallazgo del objeto sexual definitivo. Es por ello que “el hallazgo {encuentro} de objeto es propiamente un reencuentro” (p. 203). Para el joven, lo más sencillo sería elegir como objetos sexuales a aquellos de la primera infancia, a quienes ama y fueron los encargados de los primeros cuidados y, por ende, de libidinizar su pequeño cuerpo. Sin embargo, durante el período de latencia se edifican los denominados diques anímicos (el asco, el sentimiento de vergüenza y la moral), los encargados de ponerle un freno al camino de la pulsión sexual, y junto con ellos se erige la barrera del incesto que excluye a los padres como posibles objetos en la pubertad (1986b).

Contemporáneo al doblegamiento y la desestimación de estas fantasías claramente incestuosas, se consume uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del período de la pubertad: el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores, el único que crea la oposición, tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua (Freud, 1986b, p. 207).

El niño, ya adolescente, se ve enfrentado ahora a la difícil pero fundamental tarea de duelar aquellos primeros objetos de amor incestuosos. Beatriz Janin (2008) señala que “generalmente, la crisis adolescente lleva a separarse de los padres y a buscar nuevos objetos, sosteniendo las identificaciones constitutivas del yo y la prohibición del incesto frente a la reedición de la conflictiva edípica” (p. 23).

4.2. El trabajo del duelo según Sigmund Freud

La historia del hombre, en la que siempre interviene el imprevisible azar, es también la historia de los sucesivos duelos que lo constituyen.
María Cristina Rother de Hornstein, 1989.

Retomando lo dicho en el apartado anterior, es indispensable que, como parte de los trabajos que debe realizar el niño para lograr el pasaje a la adolescencia, abandone a sus figuras primarias. En este sentido es que debe duelar a esas figuras, y por ello resulta fundamental situar la noción de duelo.

En 1915, Freud (1992a) parte de una serie de consideraciones en torno a la libido, al yo y a los objetos para construir una explicación de dicha noción:

Poseemos un cierto grado de capacidad de amor, llamada libido, que en los comienzos del desarrollo se había dirigido sobre el yo propio. Más tarde, pero en verdad desde muy temprano, se extraña del yo y se vuelve a los objetos, que de tal suerte incorporamos, por así decir, a nuestro yo. Si los objetos son destruidos o si los perdemos, nuestra capacidad de amor (libido) queda de nuevo libre. Puede tomar otros objetos como sustitutos o volver temporariamente al yo (p. 310).

En este sentido, Freud (1992a) conjetura que en el inicio existe un estado al que le da el nombre de narcisismo, en el que la libido se encuentra reunida en el yo. Más luego, a este estado le sigue la primera elección de objeto, para lo cual es fundamental que la libido sea una energía móvil para no quedar retenida en el yo, sino para ser volcada hacia los objetos del mundo exterior.

Puede suceder que, por alguna razón externa, el objeto al que se le dirigió la libido se ausente definitivamente, lo que da inicio al trabajo del duelo. En él, el examen de realidad, al demostrar la ausencia, incita al quite de libido de los enlaces con el objeto (Faccendini y Zuliani, 2022). La orden proveniente de la realidad no puede realizarse inmediatamente, sino que “se ejecuta pieza por pieza con un gran gasto de tiempo y de energía de investidura (...). Una vez cumplido el trabajo del duelo el yo se vuelve otra vez libre y desinhibido” (Freud, 1979a, pp. 242-243).

En este intento por dar cuenta lo que implica el trabajo de duelo, en “Duelo y melancolía” (1979a) Freud le confiere una serie de rasgos, a saber, la pérdida del interés por el mundo exterior y por todo aquello que no refiera directamente al objeto, la

imposibilidad de trabajar o producir, el talante dolido y la incapacidad de invertir nuevos objetos.

Este conjunto de rasgos son los que le permiten establecer una diferencia clara con la melancolía, cuadro que también desarrolla en este tiempo. Entre las diferencias que halla se encuentra el hecho de que en el duelo falta algo que se presenta como fundamental en la melancolía: la perturbación del sentimiento de sí. Y explica:

El melancólico nos muestra todavía algo que falta en el duelo: una extraordinaria rebaja en su sentimiento yoico, un enorme empobrecimiento del yo. En el duelo, el mundo se ha hecho pobre y vacío; en la melancolía, eso le ocurre al yo mismo (Freud, 1979a, p. 243).

Este rasgo es lo que le habilita a empezar a pensar la presencia de un proceso identificatorio en la melancolía que se produce inmediatamente después de la pérdida del objeto. Dice en relación al proceso de la melancolía:

La investidura de objeto resultó poco resistente, fue cancelada, pero la libido libre no se desplazó a otro objeto sino que se retiró sobre el yo. Pero ahí no encontró un uso cualquiera, sino que sirvió para establecer una *identificación* del yo con el objeto resignado (Freud, 1979a, p. 246).

En 1921, en “Psicología de las masas y análisis del yo”, Freud (1992b) señala que existen dos formas o mecanismos de lazo con un objeto: la identificación y la elección de objeto. Allí mismo da a conocer diferentes modalidades de identificación. Al describir la que corresponde a la formación neurótica de síntomas, dice que “la identificación reemplaza a la elección de objeto (...). Sucede a menudo (...) que el yo tome sobre sí las propiedades del objeto” (pp. 100-101). Aquí también enlaza la melancolía con el proceso identificatorio; explica que se introyecta el objeto al yo, con lo que el sujeto se identifica con él e inician los autorreproches. “En el caso de la identificación, el objeto se ha perdido o ha sido resignado; después se lo vuelve a erigir en el interior del yo, y el yo se altera parcialmente según el modelo del objeto perdido” (Freud, 1992b, p. 107).

Así, tanto en “Duelo y melancolía” como en “Psicología de las masas y análisis del yo” se evidencia que la identificación al objeto es un proceso que corresponde al cuadro melancólico. Sin embargo, posteriormente y complejizando sus teorizaciones sobre estos procesos anímicos, en el capítulo III de “El yo y el ello” (Freud, 1979b), el autor hace extensivo a la vida en general el hecho de que cuando se aflojan los vínculos con un objeto, sobreviene una identificación con él. Es decir, también la tramitación de un duelo supone una identificación con el objeto perdido.

Es importante señalar que un trabajo de duelo puede darse no sólo ante la pérdida o muerte de una persona, sino que desde el desamparo inicial hasta llegar al desamparo puberal, el sujeto se enfrenta con diferentes e importantes pérdidas que lo obligan a llevar a cabo sucesivos trabajos de duelo: la pérdida del cuerpo infantil, la pérdida de la imagen idealizada de los padres, el dolor de tener que dejar atrás la infancia; estos son solo algunos de todos los duelos que deberá tramitar, que “son testimonio del desamparo radical con el que el sujeto viene al mundo” (Rother de Hornstein, 1989, p. 950).

4.3. Duelos y problemática adolescente. Dos posturas

Época del amor eterno, de los grandes descubrimientos, del heroísmo. El adolescente es el héroe, el que transgrede, el que arriesga todo a cada instante, el que supone que todo instante es infinito. Toda adolescencia tiene un componente trágico y es raro que alguien haya transitado esa época de la vida sin sufrimientos.

Beatriz Janin, 2008.

El psicoanalista Ricardo Rodulfo (2012) describe a la adolescencia y a la cuestión puberal desde una perspectiva de exigencia de trabajo para el psiquismo. En ésta, el

concepto de trabajo psíquico resulta fundamental en tanto le posibilita al autor repensar una serie de representaciones que acompañan a la noción de pubertad. Así es que, en primer lugar, permiten evitar el cronologismo inherente a esta etapa. Es decir, el autor

(Rodulfo, 2012) va contra la costumbre de definir como adolescente a alguien que tiene determinada cantidad de años; no basta con que se tenga tal o cual edad, sino que lo fundamental está en que se realicen o elaboren determinados trabajos. En segundo lugar, previenen de que se asocie al púber con la idea de que sufre pasivamente transformaciones.

Por último, Rodulfo (2012) explica que la noción de trabajo en la adolescencia “sirve contra los peligros siempre presentes de psiquiatrizar el psicoanálisis por la vía de psicopatologizarlo todo. Se trata aquí y más de privilegiar el tipo de trabajo, el modo como el adolescente lo enfrenta, que -por ejemplo- la sintomatología” (p. 155).

Entonces, su propuesta no apunta a una mera descripción de lo que acontece en la adolescencia, sino más bien a identificar qué trabajo puede estar tramitando el adolescente que llega a una consulta, para detectar si está atascado o si necesita dar paso a otros trabajos necesarios para su estructuración. Todo esto desde una mirada despatologizante y que privilegia el accionar del púber ante lo que le sucede (2012).

A diferencia de esta postura, Aberastury y Knobel en “La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico” (1971), hacen referencia a un carácter más invasivo que poseen las modificaciones corporales y las exigencias del mundo exterior sobre el individuo, ante las cuales el adolescente debe resistir.

Explican que, en reiteradas oportunidades, llegan adolescentes o son llevados a una consulta por presentar algunas conductas que si bien no son estrictamente patológicas, son interpretadas como anormales dentro del grupo familiar o social.

Al considerarla una etapa de desequilibrios e inestabilidad, para ellos es evidente que quienes la observan desde afuera suelen representársela como un estado similar o cercano al de la patología. Es por esto que Mauricio Knobel (1971), en el capítulo 2 del mencionado libro, da cuenta de las incongruencias implícitas en este momento del desarrollo y, emparentando los caracteres de la adolescencia con los de la psicopatía, le da el nombre de “síndrome normal de la adolescencia” al conjunto de estos caracteres.

Señala: “deliberadamente acepto la contradicción que significa el asociar síndrome, que implica entidad clínica, con normalidad, que significaría estar fuera de la patología” (p. 45), pero también aclara que en general, las normas y reglas de convivencia y conducta son dictadas y controladas por los adultos, por ende, todo aquello que escape o esté por fuera de la norma adulta puede ser considerado “anormal” (1971).

Asimismo, agrega que “la estabilización de la personalidad no se logra sin pasar por un cierto grado de conducta ‘patológica’ que (...) debemos considerar inherente a la evolución normal de esta etapa de la vida” (1971, p. 40). Es por ello que adosa el adjetivo “normal” a la palabra “síndrome” en la caracterización y descripción de la problemática adolescente.

Tanto en Rodulfo como en Aberastury y Knobel puede leerse una descripción que realizan los autores en relación a los duelos que atraviesa el sujeto durante la adolescencia. En cuanto a la postura de Rodulfo (2012), él expone seis modos o facetas de los trabajos que realiza un adolescente, todos ellos interrelacionados entre sí. Explica que es fundamental el deslinde entre ellos:

Porque clínicamente nos sirve para privilegiar en ciertas situaciones, en ciertos tiempos de trabajo con un paciente adolescente, cuál es el punto de urgencia, cuál es el punto de mayor conflicto o de mayor fracaso, o el punto que más está estereotipado o produciendo simplemente síntomas (2012, p. 155).

Siguiendo el propósito de esta investigación, sólo se hará hincapié en aquellos trabajos que den cuenta del pasaje de la endogamia hacia la exogamia, es decir, el desasimiento o abandono de las figuras parentales, quienes serán sustituidas por el grupo de pares.

Con respecto a esto, Rodulfo introduce el pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar, aunque aclara que no es suficiente hablar de “pasaje”, sino que lo que realmente ocurre es una metamorfosis de estos dos grupos. Siguiendo a Firpo (2015), la metamorfosis implica:

Un cambio de forma (...), un desdibujamiento de los lugares, vulnerabilidad, incertidumbre generalizada, falta de garantías. El adolescente está (...) ingresando a un tembladeral social. Su tarea es sustraerse de la familia, producir un lugar nuevo en la cultura, y generar un lugar subjetivo (p. 28).

Continuando con la idea de Rodulfo (2012) sobre aquel pasaje/metamorfosis, dice que “el hecho central es que en la adolescencia (...), por primera vez lo extrafamiliar deviene más importante que lo familiar” (p. 156).

Resulta de esta manera porque, a lo largo de la vida de las personas, afloran diversos momentos en los que es posible atisbar algo de lo extrafamiliar. Un primer momento es la llamada angustia del octavo mes, tal como la definió Spitz; un extraño que emerge y provoca una crisis de llanto. Pero esto no pone en duda la preeminencia de lo familiar, más bien hace titubear “una cierta certidumbre narcisista que hasta ese momento estructuraba al pequeño, que es que todo era materno. Universo era igual a madre (englobando la categoría madre a todo tipo de personajes, incluido el padre, hermanos, familia)” (Rodulfo, 2012, p. 157).

Un segundo momento al que hace referencia es el período de latencia, que cuenta con algo decisivo: la aparición de la función simbólica de los amigos. Sin embargo, tampoco alcanza para quitarle a lo familiar su valor (Rodulfo, 2012).

Finalmente, Rodulfo (2012) determina que es en el transcurso de la pubertad cuando se conquista lo extrafamiliar y el joven se vuelca hacia el campo social. Dicho campo es para él un espacio transicional donde se pone término al complejo de Edipo; éste no se sepulta sin la conquista de lo social.

Al volverse hacia lo extrafamiliar, es el grupo de pares quien amortigua la salida y actúa como sostén. Así como el extraño que emergió a los ocho meses causó angustia, la función del amigo es la de mitigar o suavizar la separación de los padres.

De ahí en más serán los pares y el discurso social los que impondrán las reglas de juego. El adolescente tendrá que invertir un proyecto al que cada vez más debe hacerlo propio; de igual manera debe hacer suyos los ideales que el discurso social le ofrece (Rother de Hornstein, 1989, p. 957).

El vínculo que ahora une al adolescente con el grupo de amigos podría ser equiparable a lo que propone Freud en relación a la masa y a los procesos que en ella se desarrollan. Explica que “una masa (...) es una multitud de individuos que han puesto un objeto, uno y el mismo, en el lugar de su ideal de yo, a consecuencia de lo cual se han identificado entre sí en su yo” (Freud, 1992b, pp. 109-110). El joven se identifica a un conjunto de sujetos de los que quiere ser parte, con quienes comparte los mismos gustos, intereses, las mismas exigencias, esperanzas y frustraciones (Rother de Hornstein, 1989).

De forma diferente, cuando Aberastury y Knobel (1971) hacen referencia a la desestimación de los padres y la tendencia grupal, lo hacen situándolos como síntomas dentro del síndrome que describen. Estos autores tienen una tendencia a la clasificación, que probablemente responde a la primacía, en esa época, de la psiquiatría.

Siguiendo las ideas de Aberastury, entre los duelos fundamentales que el adolescente realiza se encuentra, entonces, el duelo por los padres de la infancia. Sin embargo, los autores no van más allá de una caracterización y una clasificación sintomática, no definen explícitamente a qué aluden con él ni como es el proceso de

elaboración gracias al cual se accede, luego, a la adultez. Tampoco definen qué entienden por padres de la infancia.

11

Así, en relación a la desestimación de los padres durante la adolescencia, Aberastury y Knobel (1971) señalan:

La presencia externa, concreta, de los padres *empieza* a hacerse innecesaria. Ahora la separación de éstos no sólo es posible, sino ya necesaria. Las figuras parentales están internalizadas, incorporadas a la personalidad del sujeto, y éste puede iniciar su proceso de *individuación* (p. 58).

Unas figuras parentales estables, con roles bien definidos, permiten una buena separación y facilitan al adolescente el pasaje a la madurez. En todo este proceso la libido comienza a separarse de los padres y a conectarse con nuevos objetos y, frente a esto, cierta sensación de duelo es inevitable. “La identidad no puede establecerse plenamente sin romper con los lazos familiares y establecer nuevos vínculos con y en la comunidad, lo que no puede hacerse sin que se experimente dolor por la pérdida” (Knobel, 1962, p. 62).

Entre estos nuevos vínculos, se advierten aquellos que se inician con el grupo de pares. La tendencia grupal representa la oposición a las figuras parentales y también una forma activa de componer una identidad distinta de la del medio familiar (Aberastury y Knobel, 1971).

Introducirse en el mundo adulto, a la vez deseado y temido, supone la pérdida definitiva de la condición de niño. Durante este período, se fluctúa entre una dependencia y una independencia extremas, proceso que implica un gran gasto de energía, y sólo cuando el individuo “es capaz de aceptar simultáneamente sus aspectos de niño y de adulto, puede empezar a aceptar (...) los cambios de su cuerpo y comienza a surgir una nueva identidad” (Aberastury y Knobel, 1971, p. 17).

Para la construcción de esta nueva identidad, el adolescente recurre a una multiplicidad de identificaciones muchas veces contradictorias. Es por esto que generalmente se presenta como varios personajes a la vez; no puede condensar coherentemente lo que es y lo que va adquiriendo (1971).

En todo lo expuesto en última instancia se evidencia nuevamente la ausencia de una explicación de los diferentes procesos, en este caso de cómo acontece la transición entre los padres y el grupo de amigos. Sólo se hace referencia a que, una vez abandonados los padres, se transfiere al grupo parte de la dependencia que se mantenía con la familia.

También se alude a que este intercambio del grupo familiar por el de amigos es un hecho indispensable para la construcción de la nueva identidad, también necesaria para ingresar en el mundo adulto, para lograr la individuación adulta (1971). Pero una vez más, se observa la falta de profundidad en las explicaciones de cómo se logran estos pasajes, es decir, de las operaciones psíquicas y de los procesos involucrados en una metamorfosis de características tan relevantes para la adolescencia.

5. Consideraciones finales

El objetivo general de la presente investigación bibliográfica fue la indagación del trabajo de duelo de las figuras parentales en la transición de la infancia hacia la adolescencia y de ésta a la adultez. Para su realización fue indispensable recurrir a autores tales como Ricardo Rodulfo, Cristina Rother de Hornstein y Arminda Aberastury, quienes poseen un vasto recorrido en la temática adolescente. Así, se llevó a cabo un trabajo de descripción y discernimiento entre las diferentes posturas de los mencionados autores acerca del tema en cuestión.

La elección de estos autores estuvo basada en el hecho de que proporcionan un sólido marco teórico para el análisis de la temática, como así también a la escasa disponibilidad de literatura específica sobre la problemática abordada. Los autores comparten un interés común por la adolescencia y, aunque sus enfoques teóricos son diferentes (mostrando, algunos, un interés orientado hacia la clínica psicoanalítica; otros un enfoque más teórico o clasificatorio), coinciden en su preocupación por los desafíos y trabajos psíquicos presentes en este momento vital.

El trabajo se inició con un breve recorrido de la función que poseen los padres en el desarrollo del niño y el adolescente. Allí se hizo hincapié en todo aquello que el niño hereda de sus padres, herencia que no es asimilada sin antes pasar por un proceso de transformación.

Además, se destacó la construcción de las figuras parentales como el primer objeto de amor del niño, aunque no definitivo, porque como se sabe y se sostiene a lo largo de toda la investigación, llegada la adolescencia es un trabajo fundamental el abandono de dichas figuras para poder constituirse como adolescente primero y como adulto después.

A continuación se desarrolló el concepto de duelo siguiendo a Sigmund Freud, destacando la importancia del proceso de identificación y la evolución que tiene dicho concepto a lo largo de algunas obras del autor. Retomando estos conceptos es que se entiende al duelo de los padres en la adolescencia como el retiro de libido de estos y su consecuente direccionamiento hacia el grupo de pares, figura fundamental en la problemática adolescente ya que los amigos representan la oposición al medio familiar y permiten justamente la diferenciación con éste.

Por último y fundamental, se realizó el trabajo de comparación entre los enfoques de los autores antes mencionados. De esto resulta esencial señalar que la etapa adolescente, con todos sus procesos y tareas, no debe ser leída a la luz de la patología. Es decir, más allá de que autores como Aberastury y Knobel (1971) hablan de "síndrome", en la misma línea ponen el acento en el aspecto normal de todo lo que sucede en este

momento evolutivo. Tampoco se debe perder de vista aquello que escribe Rodolfo (2012), y se retomó más arriba, acerca de que pensar a los procesos adolescentes en términos de trabajo permite correrse del intento de psiquiatrizar y psicopatologizar todo, para poner el acento en lo que el adolescente puede *hacer*, es decir que no es un mero espectador pasivo de algo que *le acontece*.

En relación a esto último, sería relevante no perder de vista el contexto social actual en el que progresivamente se observa una tendencia a la patologización y, en consecuencia (y como un intento de rápida solución), a la medicalización. Esta predisposición a la psiquiatrización recae en lo *distinto*, que inmediatamente es calificado como signo de enfermedad (Punta Rodolfo, 2016). Más allá de las buenas intenciones, el fin último termina siendo la búsqueda de normalización y, como se dijo anteriormente en el desarrollo del trabajo, todo aquello que escape a la normativa adulta representa lo diferente, lo extraño, y por ende lo anormal. La consecuencia de esto es que llegan a consulta psicológica cada vez más adolescentes bajo el efecto de fármacos recetados.

Frente a todo el recorrido realizado, se abre la posibilidad de otra línea investigativa que amplifica los marcos de esta exploración, a saber, la que refiere a los padres. Es decir, se lee claramente que el presente trabajo está pensado y escrito desde el punto de vista del adolescente y los trabajos psíquicos que éste tiene que tramitar para

13

construir su identidad adulta. Pero, mientras el joven atraviesa por todo lo anteriormente descrito, ¿qué sucede con los padres?

Seguendo a Firpo (2015), se puede decir que “los adolescentes requieren de un otro que acompañe y legitime, también que habilite y los ayude a ingresar en las responsabilidades” (p. 28). Durante la infancia, el niño acepta su relativa impotencia y abraza la idea de que solo no puede. Llegada la adolescencia se observa cierta confusión: el joven sabe que no puede mantener su dependencia infantil pero aún no puede asumir la independencia adulta por completo (Aberastury y Knobel, 1971).

Con respecto a los padres:

Por supuesto no permanecen pasivos en estas circunstancias, ya que también tienen que elaborar la pérdida de la relación de sometimiento infantil de sus hijos, produciéndose entonces una interacción de un doble duelo, que dificulta aún más este aspecto de la adolescencia (Aberastury y Knobel, 1971, p. 149).

Con todo esto resulta indispensable que los padres logren tramitar lo propio para acompañar los procesos de su hijo, acompañamiento que será desde una función de guía para aportar experiencias y conocimientos, desde el amor y el afecto, la buena comunicación y, por supuesto, la puesta de límites y la disciplina. Probablemente todo esto sea lo necesario para la construcción de la identidad adulta, y para lograr la tan deseada y a la vez temida independencia, que conducen al hijo a integrarse en el mundo adulto.

Para concluir, resulta pertinente señalar que la numerosa cantidad de procesos y movimientos a nivel psíquico que se producen en la adolescencia, la hacen un momento importante para intervenir como psicoanalistas. Rodolfo (2012) explica que:

Como psicoanalistas, la adolescencia es la última ocasión que tenemos de intervenir antes de lo ya terminado de estructurar; no digo la última ocasión de intervenir, porque después seguimos interviniendo, sino la última ocasión de intervenir cuando aún ciertas cosas están en trámite de estructuración, antes de lo ya consolidado; y eso debería guiar nuestra perspectiva de trabajo (p. 162).

Por lo dicho en última instancia es que se considera pertinente y relevante la temática abordada en este Trabajo Integrador Final de la carrera de Psicología. Y si bien el trabajo con adolescentes puede resultar en muchos momentos un reto, no deja de ser

fundamental la escucha en esta etapa plagada de cambios, movimientos y definiciones.

14

6. Referencias bibliográficas

- Aberastury, A. & Knobel, M. (1971). *La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico*. Buenos Aires: Paidós.
- Faccendini, J. & Zuliani, C. (2022). *Volver al duelo -ruedo: duelo, identificación, objeto*. Rosario: Laborde Libros Editor.
- Firpo, S. (2015). *Un recorrido en Freud. La construcción subjetiva y social de los adolescentes*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Freud, S. (1979a). *Duelo y melancolía en Sigmund Freud. Obras completas*, tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979b). *El yo y el ello en Sigmund Freud. Obras completas*, tomo XIX. Capítulo III. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986a). *La novela familiar de los neuróticos en Sigmund Freud. Obras completas*, tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986b). *Tres ensayos para una teoría sexual en Sigmund Freud. Obras completas*, tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992a). *La transitoriedad en Sigmund Freud. Obras completas*, tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1992b). *Psicología de las masas y análisis del yo en Sigmund Freud. Obras completas*, tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Janin, B. (2008). Encrucijada de los adolescentes de hoy. *Revista de UCES*, 12, 13 - 31. Recuperado de: <http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/handle/123456789/46>
- Knobel, M. (1962). Psicología de la adolescencia. *Revista de la Universidad Nacional de La Plata*, 16, 55 - 75. Recuperado de: <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/136083>
- Mannoni, O., Deluz, A., Gibello, B. & Hébrard, J. (2012). *La crisis de la adolescencia*. Buenos Aires: Gedisa.
- Punta Rodulfo, M. (2016). *Bocetos psicopatológicos. El psicoanálisis y los debates actuales en psicopatología*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodulfo, R. (2012). *El adolescente y sus trabajos en Estudios clínicos. Del significativo al pictograma a través de la práctica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós. Rother de

Hornstein, M. (1989). La elaboración de los duelos en la adolescencia. *Revista de psicoanálisis*, 46 (6), 950 - p. 960. Recuperado de:
<http://apa.opac.ar/greenstone/collect/revapa/index/assoc/19894606/p0950.dir/REVAPA19894606p0950Rother.pdf>